

TURISMO, MEDIO AMBIENTE Y PUEBLOS INDÍGENAS

RICARDO GARIBAY VELASCO¹



¹ Ricardo Garibay Velasco, antropólogo social, es especialista en desarrollo sustentable y medio ambiente

La combinación de la enorme diversidad ambiental y cultural que posee México, lo coloca en una situación privilegiada para desarrollar políticas públicas que consideren al turismo como un detonador del desarrollo. El potencial que aún tiene México en el campo del turismo es enorme, y las ventajas que esta actividad tiene para las comunidades rurales están demostradas en innumerables ejemplos. Sin embargo, sin negar las oportunidades de esta rica veta, se deben tomar en consideración también los enormes riesgos que implica el turismo para los pobladores del medio rural, sobre todo considerando las características y objetivos de los “desarrolladores” y de los turistas, así como sus particulares consideraciones sobre cómo deben ser sus vacaciones y sus prejuicios sobre las comunidades rurales, en especial las comunidades indígenas.

LOS LÍMITES DE LA HOSPITALIDAD

En un artículo de hace ya algunos años, Gustavo Esteva se refiere al turismo en comunidades indígenas como una buena alternativa económica pero también alerta sobre los riesgos que implica. A su artículo lo tituló “Los límites de la hospitalidad” y su principal temor gira en torno a la actitud del turista nacional hacia los prestadores de servicios turísticos (meseros, playeros, lancheros, camareras, etc.) a quienes no trata como microempresarios, sino como se trata a una servidumbre que como tal está a su servicio, pasiva y sometida a los caprichos del cliente, porque el que paga manda, ¡faltaba más! Para colmo los turistas mexicanos son, a decir de los mismos prestadores de servicios turísticos, los peores turistas, porque quieren sacar el mayor provecho a su dinero y salen de vacaciones con el ánimo de descansar, divertirse y de que les sirvan, para eso están —nuevamente— pagando,

¡faltaba más! Esteva proponía, entre otras cosas, que la capacitación a los nuevos microempresarios indígenas debía incluir como algo muy importante, el tema de la dignidad y el respeto a la cultura local, para que los indígenas no terminaran siendo parte únicamente de la escenografía pintoresca del lugar, como sucede en algunos restaurantes de comida típica, en los que una nativa ataviada a modo, esté echando tortillas a mano en algún rincón del restaurante, adornado con mazorcas, metates y artesanías.

NO ES DISCRIMINACIÓN, SE LLAMA RACISMO

Lo ha dicho incluso Stavenhagen, *¿es por temor, pudor, vergüenza, eufemismo, el no llamar por su nombre al racismo que en México se confunde o disfraza de discriminación?* Somos un país profundamente racista que se manifiesta en todo momento y de las más variadas formas. El turista nacional cree saber cómo tratar a los indígenas porque cuando menos tiene a uno en casa como parte de su servidumbre y esa “criada” podría tener 10 años o más trabajando en casa de su patrón sin que éste se interese por saber de ella ni siquiera su apellido, ¿para qué?, al igual que las mascotas de casa tampoco necesitan apellido, el perro se llama sólo Fido, no Fido González. Esta es la misma actitud que asume el turista en las comunidades indígenas cuando se hospeda en unas cabañas ecoturísticas. Con esta actitud se dirige el turista al nativo, y la acompaña de una sonrisa con compasión o con sorna por contemplar al “buen salvaje” domesticado... aunque eso sí, exigiendo la atención que —supone—, su condición social merece.

LOS TERRITORIOS DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Existen casos exitosos de ecoturismo, pero también existen experiencias negativas en nuestro país, en donde la pobreza induce a la venta de ejidos enteros en los que el paisaje de bosques, selvas, cascadas, arroyos y cenotes se convierten en la principal atracción y en donde los pobladores locales se transforman en meseros, jardineros, recamareros, cocineros y sirvientes, trabajos muy dignos que no estrarían mal si lo hicieran como parte de las labores de su propia empresa, en sus propias tierras, manejando su proverbial hospitalidad dentro de

los límites de la dignidad y el respeto. El problema es cuando la pobreza obliga a vender la tierra, lo que anula toda posibilidad de participar en un proyecto de desarrollo propio, porque vender la tierra es quedarse sin la base material de reproducción cultural; quedarse sin tierra es quedarse sin *matria*, y acabar solamente como empleado, jornalero o sirviente.

LO INDÍGENA VENDE

Lo indígena vende es una frase textual que un alto funcionario del sector medioambiental utilizó para adornar un proyecto forestal y que confirma el uso mercantil de la etnicidad, la etno-mercadotecnia, que nos lleva hasta la indumentaria pretendidamente autóctona de la delegación mexicana en las recientes olimpiadas de Londres. Ni totalmente auténticas ni totalmente innovadoras, fue la versión posmoderna de algún diseñador que desconoce los auténticos textiles mexicanos.

Eso significa la enajenación selectiva de la cultura con fines mercantiles, la cultura concebida como las manifestaciones artísticas de un grupo humano, la danza, la música, los trajes típicos y a veces la gastronomía, vaya, “lo bonito”, el indígena como la máxima expresión del folclore mexicano. Ni para qué meternos en “política”, no toquemos el tema de la organización social, ni los derechos de propiedad intelectual, ni la normatividad comunitaria para el manejo de los recursos de uso común, ni los procesos comunitarios autogestivos, porque se trata de que los indígenas sean un atractivo para los turistas, no que los espanten con política.

¿ECO-CUL-TURISMO?

Turismo rural, ecoturismo, turismo de aventura, turismo alternativo, turismo cultural, etnoturismo. La expropiación selectiva de la cultura llega al extremo de promover en la folletería oficial de la Secretaría de Turismo la posibilidad de vivir experiencias “místicas” (sic) en las comunidades indígenas. Nunca se explica a qué se refiere el anuncio, pero no debe estar muy alejado de lo que han hecho en Tepoztlán los *neohippies* convertidos ahora en “sanadores” al inundar el pueblo de temazcales, masajes, spas y curas milagrosas para los turistas, desplazando a los verdaderos terapeutas tradicionales.

EL ECOTURISMO COMO PANACEA

Algunas instituciones tienen presupuestos muy importantes para llevar a cabo proyectos de turismo en comunidades indígenas, que la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) llama “de turismo alternativo”. En las evaluaciones externas que se le han hecho al PTAZI (Programa de Turismo Alternativo en Zonas Indígenas) de la CDI, se mencionan varios puntos que son relevantes para cuestionar la efectividad del programa. Se menciona en estas evaluaciones lo siguiente: no hay suficiente capacitación ni acompañamiento para consolidar proyectos; se necesita de acompañamiento a los proyectos apoyados en años anteriores; se sugiere incluir indicadores que midan de manera consistente los beneficios económicos y sociales que se generan, así como indicadores sobre los resultados de la capacitación y profesionalización de los beneficiarios; se necesitan establecer criterios para valorar tanto la viabilidad económico financiera de los proyectos, como su factibilidad operativa. Por último mencionan esas evaluaciones que es insuficiente la información para medir el impacto en calidad de vida de las comunidades en las que se desarrollan esos proyectos de ecoturismo.

Todo lo anterior nos habla de los criterios con los que se evalúan y califican estos programas. Se llaman *Evaluaciones de desempeño* y el desempeño se entiende como el cumplimiento de metas meramente cuantitativas, como la cantidad de proyectos financiados más la cantidad de habitantes beneficiados, igual a metas cumplidas. Si funciona o no el proyecto ya no es responsabilidad de la institución, es culpa de las comunidades. Esto ha generado una gran cantidad de proyectos de ecoturismo que se han convertido en elefantes blancos. Cabañas abandonadas o en el mejor de los casos apropiadas por algún o algunos socios que hicieron a un lado a la comunidad y resultan los únicos beneficiados.

¿SÓLO ECOTURISMO?

Los proyectos de ecoturismo por sí solos en comunidades indígenas están condenados al fracaso, y generan, además, conflictos, divisiones, envidias, expectativas infladas; desestructuran la organización comunitaria; fracturan los lazos de reciprocidad; debilitan el tejido social. Ningún proyecto de

ecoturismo alcanza para toda la comunidad. El proyecto de ecoturismo tendría que ser uno de los tantos proyectos productivos con un enfoque comunitario planificado en vinculación con otros proyectos productivos de enfoque comunitario. Eso es lo que distingue a los pueblos indígenas y les ha hecho posible su permanencia, su organización comunitaria, su espíritu de grupo, sus estrategias de manejo múltiple y diversificado de sus muy variados recursos.

LOS BENEFICIOS Y LOS RIESGOS

Repito que hay casos exitosos de ecoturismo en comunidades indígenas y el buen desarrollo de esos proyectos se debe en gran medida al grado de cohesión social, fortaleza cultural y conciencia política del grupo indígena que lleva a cabo el proyecto. Los casos mas conocidos son los purépechas de San Juan Nuevo Parangaricutiro, los zapotecos de Ixtlán, los huicholes de San Andrés Cohamiata, los lacandones en Bonampak y varios mas, quizá muchos más, y ojalá que sean cada vez más. Sin embargo, los riesgos siguen presentes para muchos otros, y solo podrán ser atenuados en la medida en que haya un acompañamiento a esas comunidades que se inician, a los pueblos indígenas que no han alcanzado a visualizar la riqueza que significa su propia cultura, territorio y recursos naturales, a quienes aún no tienen clara su fuerza política y capacidad de negociación a través de el fortalecimiento de su organización social y reconstituyendo su identidad, recuperando su territorio, recordando su memoria, valorando sus saberes, manejando sus bosques, selvas y desiertos como lo dictan sus propias formas organizativas y utilizando para todo eso desde los Sistemas de Información Geográficos, hasta las imágenes de satélite y las redes sociales para promover con toda dignidad *su* proyecto productivo, *su* microempresa, *su* naturaleza y *su* cultura.